

# Hechizo de letras

Abril, 2018. Por: Isabel Cristina Morales.

*“Si puedes imaginarlo, puedes escribirlo  
y sé que puedes, eres capaz de muchas cosas,  
siempre te he visto como una gran escritora.”*

*-Nydia Paredes Duque a su nieta.*

Hubo un tiempo en el que al caer la noche a una pequeña niña la envolvían en cobijas mientras el cielo se cubría de estrellas, le leían historias y ella las alteraba llenándolas de magia.

La chiquilla de 5 años, de nombre Cristina, vivía en una morada, de altas columnas y baldosas alargadas, jugaba con tres perros y las amigas que en su cabeza creaba. Sabía que compartía techo con una anciana, la más sabia que ella conociera, casi no le veía, puesto que tenía por costumbre ausentarse en las mañanas y regresar con la puesta del sol; sólo sabía que la llamaban Nydia.

Varias veces le veía volver al medio día con un libro de signos misteriosos y una flauta encantada con la que reproducía famosas melodías. Le tomó muy poco tiempo decidir acercarse aunque callada y tímida, se sentaba a disfrutar la música que libremente le llegaba. Cierta día la vieja entre sonrisas, tomó la mano de la niña y se ofreció a enseñarle los encantamientos que a diario practicaba, la pequeña negó y para sorpresa de la sabia preguntó si podía mejor enseñarle otros hechizos de tinta.

Así pues, se convirtió en una rutina, a la hora del ocaso Cristina esperaba con pergaminos nuevos, tinta y pluma la llegada de Nydia. Compartían butaca y también se reían, la anciana logró que la niña aprendiera trazos, dibujo y también de caligrafía.

Se hicieron cercanas y la abuela de diferentes formas le recordaba *“eres lo que crees y lo que crees, creas, tu inteligencia e imaginación son los que hacen que esta magia sea duradera”*. De este modo, cuando llegaba la hora de dormir, Nydia arrojaba a la niña, tomaba uno de sus libros y le leía fragmentos que poco después Cristina iría alterando según se le ocurriera algo.

Un par de años más tarde, los padres de Cristina decidieron que ella necesitaba recibir estudios junto con otros niños que aprenderían también lo mismo, sin distinción de habilidades o capacidades. Allí, ella encontró chicos buenos con espadas, otros con magia, otros con un don natural para la curación y sólo tres con las manos manchadas de tinta.

El instituto era increíble en muchos aspectos pero para Cristina era agobiante. Ella quería contar historias, con la magia aprendida mientras que las septas y los maestros pretendían que ella se educara en lo que se conocía como el quadrivium (geometría, aritmética, astronomía y música) y curaciones porque no se le permitía estudiar lo abarcado por el trívium (retórica, gramática y dialéctica); intentó a regañadientes con la compensación en mente de su llegada a casa para ver a Nydia y transformarle la historia de su día.

Con el tiempo le fue tomando cariño pues descubrió que con las plantas también podía crear magia y alegrar vidas, sin embargo, lentamente fue dejando de lado la escritura, acudía a ella eventualmente, sólo si era necesario para sus lecciones. Pese a esto, Nydia siguió a su lado, tocando melodías en su flauta y esperando de lejos que Cristina retomara su camino.

El camino de esta doncella se apartó un poco de las reuniones con su nana pues sus padres tomaron la decisión de cambiar de morada. Sentimientos de nostalgia la colmaron, cada vez era menos lo que podía compartir con Nydia; esto fue notorio en sus textos y en su recién adquirido comportamiento, aún llevaba magia, pero ésta se sentía turbia, más oscura.

Avanzar en la academia no le fue sencillo a esta chica. Al entrar en los cursos para jóvenes se encontró con una septa exigente, de humor pesado y rostro de expresión huraña. En sus lecciones la trataba con más fuerza, puesto que era la

única en el grupo que disfrutaba de la lectura y la escritura. Cierta vez se le acercó, con uno de los textos de Cristina en mano y de forma ruda le expresó que le faltaba mucho para poder considerarse siquiera buena, y, pese al esfuerzo que hizo frente a este reto, aquella sepa no mejoró su actitud, en cambio, empezó a mofarse porque Cristina *“sólo quería llamar la atención de sus compañeros”*.

Con baja autoestima siguió su camino, cursó más artes, números y letras. No le iba muy bien desde lo sucedido en el instituto anterior. Finalizó y empezó un nuevo ciclo en alta educación donde entendió otras formas de escribir y expresarse con más claridad, la emoción le regresó de nuevo y en poco tiempo, según le dijo un maestro con voz suave y pacífica, que era muy buena en ello, que debería seguir para consagrarse en este medio.

Escribió. Escribió para ella y sus allegados. Cartas para las celebraciones, poemas y cuentos para concursos, textos con relatos de comunidades y un sinfín de cosas más.

Durante este proceso escolar, Cristina tuvo una ruptura con su punto de apoyo, Nydia decidió partir de su antigua vivienda, sin anuncio, estando ahora apartada y difícil de localizar. Para la joven fue un golpe en el corazón, un golpe complejo de sanar. Quien siempre creyó en ella se quiso apartar, sabe que vive pero nada más.

Han pasado años, entre clases, Cristina avanzó, pero a veces continuaba pensando que tal vez nunca llegaría a ser lo suficientemente buena y esto se le vio reflejado cuando en una prueba de conocimientos debió hacer un escrito y el encargado de evaluarla consideró que ella no era apta para ese camino, pues en todo lo que la moza se creía buena terminó quedando con la calificación más baja alcanzada.

Este fue el detonante de una profunda depresión. Perdió motivación. Su hogar parecía bajo una maldición oscura: tenso e hiriente; sin señales de su abuela y sin saber cómo ayudarse.

Pensó que quizá la magia que sentía ausente se daba sólo a temprana edad. Se calmaba con hacer pequeños hechizos hasta que recordaba que sin importar el esfuerzo o la capacidad de cada quien, los sueños se pueden destruir con el sistema de evaluación de la academia. Entendió entonces lo que su abuela decía: su poder se encontraba en la imaginación, en la capacidad de creer, de dejarse ser y fluir, cual aves en corrientes de viento.

Se dio cuenta que, además de encontrar maestros cuya evaluación se basa en sus gustos personales, es la misma institución la que limita. *“Toda magia debe pagar un precio”* leyó una vez que decía un personaje aparentemente ficticio. Su precio es el no coincidir con la escuela.

Cristina renovó fuerzas con este pensamiento y con la ayuda de una septa especial que le motivó y le dijo *“escribe para quienes no te escuchan, escribe y véngate de aquellos que dicen que no puedes”*. Tomó pluma y tintas de diversos colores y dejó que las pajas en su cabeza se deslizaran a través de sus dedos, pudo sentir la energía pasando al pergamino, incluso creyó que podía ver volutas brillantes envolviendo su palma. *Magia* se dijo, la de *creer*.

Siendo liberada de aquello que la encasillaba y oprimía, aquella renacida mujer se dispuso a analizar la escritura de sus verdugos, dándose cuenta de algo en particular: quien le dijo que su ortografía era fatal, cometía más errores que ella. Así pues, las correcciones y caídas estaban en las ramas de otro pensamiento.

Actualmente, construye su mundo, teniendo como base magia, esperanza y voluntad. Por semanas se dijo *“escribí, escribí sólo para no morirme”* pensando en el poeta Neruda, *“y sin saber viví, viví entre letras que me llevaron alto”*. Posterior a su recuperación, consideró una buena idea hacer que esas letras pudiesen ser representadas en imagen, ya sabía de dibujo pero ello no le bastaba y, cruzando cerca de una ventana, posó recitando una frase; pensó *“¡eso es! Mis letras serán con imagen y con sonido, así llegarán también a aquellos que no saben leer, podrán ver la magia que siento”*.

Tomó una armadura que le hicieron de regalo, se la puso con ojos brillantes, resuelta a luchar, a cumplir sus sueños de escribir y contar sus propios cuentos, pues nadie tiene poder suficiente para decirle *“tú no puedes”, “no sabes hacerlo”*.